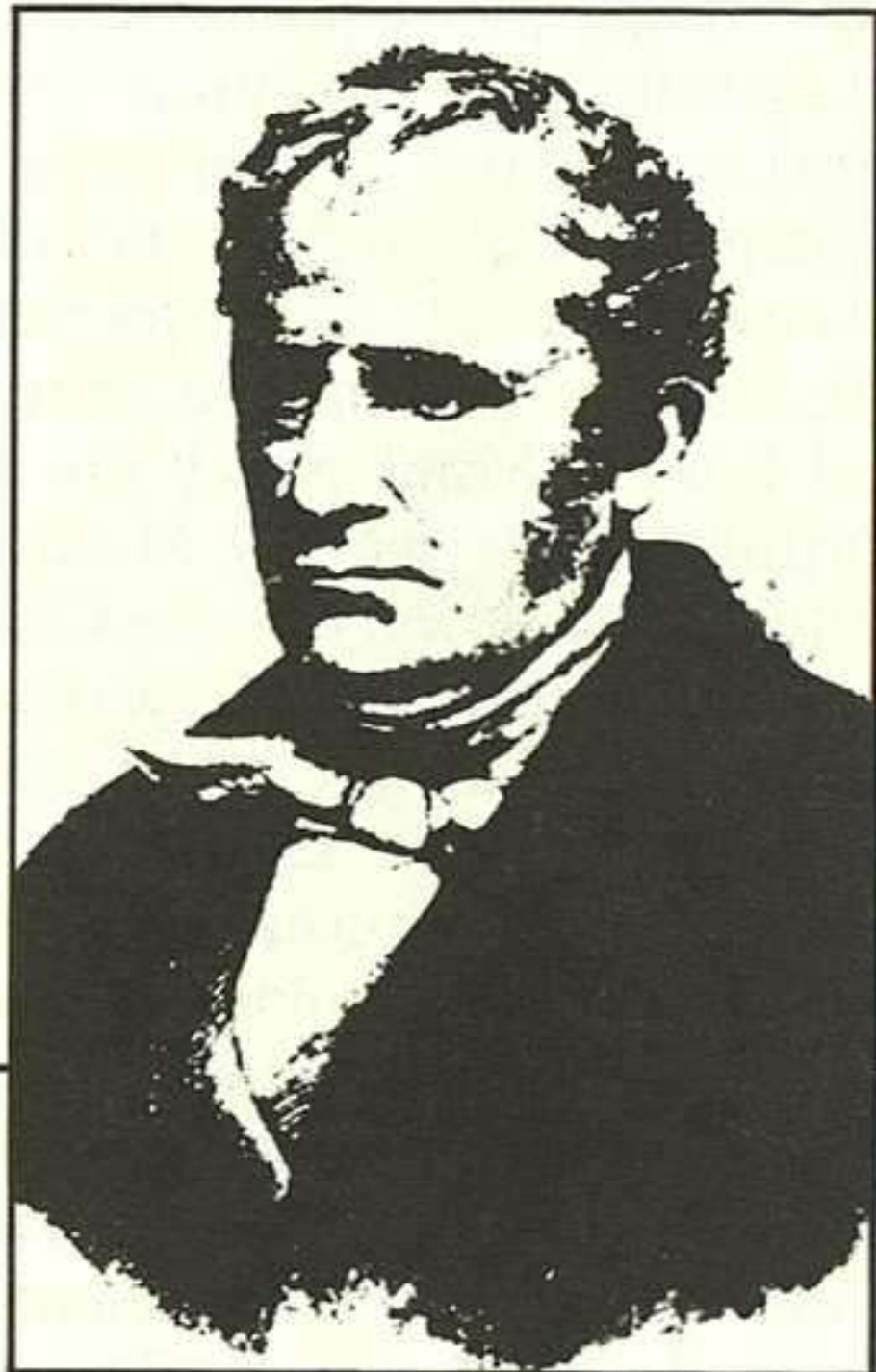


El último de los mohicanos

por Manuel Rivas



James F. Cooper.



Manuel Rivas.

El último mohicano

Antes de pasar al tremendo episodio de mi esguince de tobillo, deseo informarles que mi infancia no fue triste ni desgraciada. La relativa pobreza en que vivíamos estuvo compensada con muchos tesoros ambientales, de cuyas rentas aún disfruto. Todavía hoy nos partimos las mandí-

bulas de risa recordando el día en que un cerdo se comió la entera paga de Navidad de mi padre, metiendo su voraz hocico en el bote de pimentón que mi progenitor tenía por seguro escondite.

Incluso el turbio asunto de mi esguince de tobillo fue, finalmente, y como veremos, un hecho afortunado.

Todo comenzó una mañana lluviosa del otoño gallego, al pie de una de las colinas que rodean la bahía coruñesa y a unos cincuenta metros de la roca donde una bala de cañón del francés segó la vida de sir John Moore. Allí, en el patio escolar, corría tras el balón con céltico pundonor, ignorante de que otro acontecimiento histórico estaba a punto de cruzarse en mi vida. En el intento de dibrar a un contrincante, quiso el destino que me cayese de bruces en un charco embarrado. Testigo del traspies fue una de mis adorables hermanas, la llamada Mary, de morena trenza, que, con buen tino, me instó a marchar a casa y mudar la empapada vestimenta. Pero yo era entonces un muchacho impetuoso y ni la lluvia ni el barro ni la sensatez filial iban a frenar mi avance hacia la meta contraria, defendida a la sazón por Tito Barreiro, quien años más tarde daría jornadas de gloria al F. C. Relámpago de Elviña.

A su vez, mi adorable hermana no se dio tampoco por vencida y tomó la discutible decisión de denunciar mi caso ante la más alta instancia de aquel campamento de educación primaria, es decir, ni corta ni perezosa fue a chivarse a don Bartolo, un maestro de pelo cano y muy fuerte complexión, que tenía por merecido apodo el de *Caballo Blanco*.

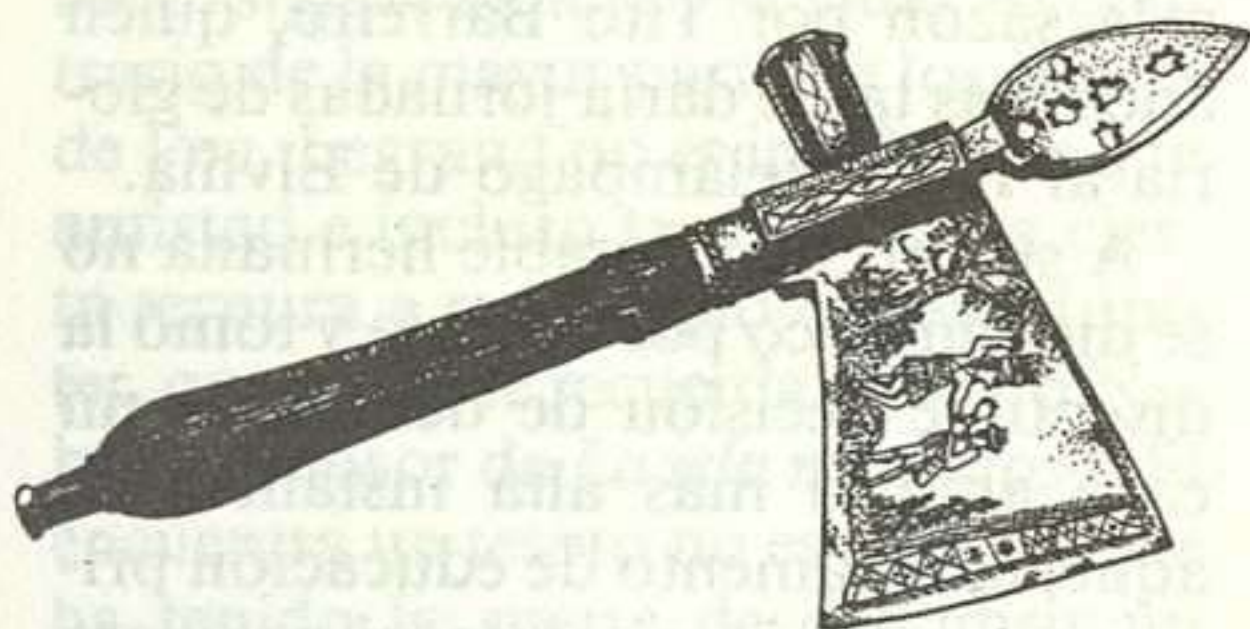
Fue la primera y última vez que me pegó *Caballo Blanco* (Q.e.p.d.). En realidad, no fue propiamente un golpe. En el momento en que me disponía a lanzarme hacia la meta defendida por el sagaz Barreiro, don Bartolo me agarró por el antebrazo y, ya de frente, viendo mi sucio estado, llevóle el instinto a soltar una salvaje coz que dio con mis huesos en el campo. No recuerdo los propios lamentos pero sí la expresión de pesadumbre del atolondrado maestro, una vez relevados los músculos por el cerebro.

Al día siguiente, con el pie enyesado, veía llover por la ventana de mi casa de la colina y creía oír, en aburrida y lejana letanía, picoteando en

los vidrios escolares, la maldita tabla de multiplicar. ¡Ah, qué felices días los de las dolencias infantiles! Mi adorable y traicionera hermana acarrea-ba, como una penitente, zumos de naranja y vasos de leche y miel. Y también tebeos de *El Jabato* y *El Capitán Trueno*.

Pero si recuerdo tan absurdo suce-so con emotiva claridad fue porque en aquellos días un libro tatuó en mi pe-cho, para siempre, la tortuga de los delawareos. La tortuga de Uncas, *el úl-timo de los mohicanos*.

El tiempo de James Fenimore Coo-per es el de los pioneros que forjaron a sangre y fuego los cimientos de la muy poderosa América del Norte. To-davía corría ligero el ciervo por lo que hoy es Wall Street. También Cooper, a su manera, actúa como un pionero



en la república de las letras y se le pre-senta como un fundador de la moder-na novela de aventuras. Eso puede ser, en sinopsis cinematográfica, *El úl-timo de los mohicanos*: la historia de una larga y accidentada caminata por selváticos y agrestes parajes para sal-var a dos bellas blancas secuestradas por un grupo de malvados hurones. Pero, como siempre sucede en una historia memorable, hay algo más, mu-cho más, que una historia y es ese *algo más* lo que precisamente hace de *El último de los mohicanos* una memo-rable historia.

Siendo muchos los episodios béli-cos y vertiginosas las secuencias que los narran, hay un aspecto especial-mente singular y llamativo en el libro de Cooper: el deleite por la palabra compartida, por el diálogo y hasta por el discurso ritual. El eco de la



C. BRADBURY, EL ÚLTIMO MOHICANO, ALTEA, MADRID, 1975.

obra, lo que perdura de aquella pri-mera lectura y se confirma a cada vuelta, no procede de lo que hacen los protagonistas, de su ingenio o valor, sino de lo que dicen y, sobre todo, de cómo lo dicen. Paradójicamente, lo que resuena en la memoria de la aven-tura no son los acontecimientos que la jalonan sino los paréntesis, allí don-

de los personajes se detienen para ha-blar, a veces con envidiable parsimo-nia mientras silban los proyectiles o pasa rozando un *tomahawk*.

Nadie habla así en la literatura con-temporánea, excepto un personaje de-sequilibrado o muy excéntrico. No es creíble que alguien hable más de vein-te segundos, lo que dura un spot te-levisivo. Las largas parrafadas con que se obsequian Uncas, su padre Chi-gachgook, su amigo el cazador Haw-keye (un hombre del bosque, de ori-gen blanco), el anciano Tamenud o el malvado Magua, quedarían hoy redu-cidas a un *¡Hugh!*, intercambiable por un *¡Jo!*, y no sólo por exigencias del guión. Hablan y hablan, incluso cuando demandan silencio a sus acompañantes, y no hay una palabra desperdiciable. Llegamos a seguirlos ansiosos de que se expliquen y no de que actúen. A su lado, las peroratas de los blancos (con la experiencia del diplomático parlamento entre el general francés Montcalm y los militares británicos Heyward y Munro, padre este último de las jóvenes Cora y Alicia) resultan hoy tan retóricas como pedantes. ¿Por qué esa extraña diso-nancia en el eco? Es de suponer que Cooper puso el mismo empeño en do-tar del don de la palabra a sus criatur-as. Quizá la clave está en que unas tienen *cultura*, y están obligadas a demostrarlo, y otras tienen solamente vida. Cooper, inconscientemente, hace de unas, seres efímeros y de otras, personajes inmortales. Unas protagonizan la aventura y las otras son la aventura.

Gracias al maestro *Caballo Blanco*, también el inmortal, transparente y rotundo como una coza, pude aquellos días de lluvia y yeso tatuarme una tor-tuga en el pecho. Y hoy, pasando tem-bloroso las hojas, todavía me pregun-to qué quería decir el blanco ex-plorador cuando lloraba a Uncas, el último de los mohicanos: «No tengo a nadie en este mundo, y como tú, quizá también pueda decir que mi raza está extinguida». ■